

853

A.



PQ 4683
A3
R68
V.2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
BIBL. U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.

Emilio Ratti, al salir de las oficinas del Provisor, como no tuviese ya tiempo de regresar á Altarana en el mismo día, resolvió permanecer en Turín hasta la mañana siguiente, y se encaminó de pronto hacia la Carrera de Palestro, para visitar á su artesanillo; pero un encuentro inesperado le hizo retrasar la visita.

No bien había entrado desde la calle de la «Cernaia» á la Carrera, vió salir por la puerta del Instituto, y dirigirse hacia él, á una señora que, á distancia de unos treinta pasos, manifestó reconocerle y se acercó apresuradamente y sonriendo.

El joven no la reconoció hasta que estuvo muy cerca: era su prima. Estaba más guapa que cuando se habían visto en Piona, si bien algo demacrada todavía. Llevaba un traje extraño: una camiseta de color de rosa, y plumas, como los soldados, en el sombrero; con las plumas, el color de la camiseta y la viveza alegre de toda su persona, parecía fiel retrato del hermoso tiempo primaveral que en rededor brillaba.

A los dos ocurrió simultáneamente la misma pregunta:

—¿Cómo estás aquí?

La prima residía en Moncalieri, en casa de una su antigua compañera de la Escuela Normal; había venido á Turín, á consecuencia del fallecimiento de un pariente muy lejano, y aprovechaba la ocasión para ver á los dos primillos, de los cuales dió á Emilio buenas noticias.

—Pero y tú, ¿cómo estás aquí?—repitió la maestra. Y notando entonces las señales de emoción y can-

sancio, se dió á sospechar que su primo salía de una cita amorosa, y se sintió un poco mortificada por ese sentimiento de despecho celoso que, en casos parecidos, sienten más las mujeres que los hombres, quizás por la mayor prontitud y más viveza con que las imaginaciones femeniles se representan las cosas. Volvió, pues, á preguntar, mirándole muy fijamente:

—¿Qué te pasa? ¿De dónde vienes?

El joven, aunque de mala gana, dijo la verdad, pero á medias. Aquel encuentro extraño, que llegaba casi para romper su emoción y su recogimiento, lo turbaba; aunque le agradase mucho su prima.

Esta lo echó de ver, y le preguntó, en son de queja, si lo molestaba; pero la sonrisa que se dibujó en los labios de Emilio cuando advirtió éste aquel repentino cambio de maneras, le apaciguó.

—Me parecía—dijo.

Y volvió á su regocijo de antes. No creyó, sin embargo, en la historia del Provisor, y excitada siempre por la picazoncilla de los celos, desplegó una charla febril.

El joven, como no había recibido noticias de su prima desde que ésta le había escrito de Piona á Piazzena, estaba en la creencia de que ella seguía en aquel pueblecillo de la montaña hasta el año próximo pasado.

—¡Qué Piona, ni qué!...—exclamó la prima.—¡He cruzado los mares!

Había permanecido dos años en Cerdeña, y apenas hacía dos semanas que había regresado con licencia extraordinaria para evacuar varios negocios, que le interesaban bastante. ¡Oh! ¡Dos años felices! Un verdadero paraíso terrenal. Estaba en la ciudad de ***, en un asilo de huérfanos sostenido por Hermanas de la Caridad, y el cual tenía anexa una escuela del Municipio; la maestra explicaba á las alumnas externas; unas cincuenta niñas, desde seis años á catorce. Estaban instaladas en un convento vastísimo, cuyos corredores parecían calles, en que resonaban los pasos y las voces como en las galerías de un palacio real; había en él un torreón viejo coronado por una azotea desde la cual se alcanzaba á verla; por una

parte, la llanura verde, cubierta de olivares, y la obscuridad de montes espesísimos; y por la otra, el mar; su encanto, su pasión.

—Y tú—preguntó al joven,—¿cómo te encuentras en Altarana?

Pero no esperó la contestación, y continuó hablando.

Aquella era la naturaleza que ella idolatraba, la naturaleza solitaria y tranquila de Cerdeña: nopales tan altos como casas, selvas de naranjales, campos cubiertos de coliflores y alcachofas enormes, y en los que podía pasear durante horas enteras sin encontrar un alma viviente, como en un inmenso huerto que la perteneciera. Inmediato al convento había un jardín lleno de misterio, un vivero maravilloso, en el cual las flores y las granadas como cabezas, que de los árboles se desprendían, llegaban á cubrir el agua de los estanques embalsamando todo el ambiente con un aroma que se aspiraba en el aire y que embriagaba como un licor. Parecía que la joven experimentaba aún sus efectos, según el ardor con que se expresaba, y sus gestos animados, que atraían la atención de los transeuntes.

Como advirtiese que el joven la escuchaba con aire algo distraído, se exaltó más aún. Comenzó á entonar los loores de sus colegialas. Algunas de sus cincuenta discípulas pertenecían á las primeras familias del país, á la flor y nata de la aristocracia y de la riqueza, si bien ella no era de las que conceden á eso mucha importancia. Pero de todas suertes, era aquella una escuela hermosísima, por la exquisita educación de las niñas y por la cortesía caballeresca de los padres; más notadas por ella que había permanecido tres años entre las cabreras de Piona. ¡Era preciso ver aquel recibimiento, lleno de manteletas de terciopelo, de gabancitos de seda, de abrigos de las pieles más finas! ¡Pues donde se dejaban los trajes de verano!... Parecía la clase un plantel de flores. Al entrar y al salir se formaba una confusión de caballeros, de criados, de lacayos con sus libreas, y el día de lluvia era aquella una procesión de carruajes. Las madres de las alumnas, patronas del Asilo, le regalaban cintas de seda, alfileres de oro, peines de concha; por la

noche, después de haberse acostado las Hermanas, iban á visitarla á sus habitaciones, y la trataban como á una amiga, pero con unos modales tan delicados y con una cordialidad tan distinguida...

Y comenzó á recitar la lista de nombres y de títulos, pero con ademanes muy ceremoniosos.

Emilio no pudo menos de recordar la fábula del ratón cortesano que cuenta sus grandezas al ratón campesino. En el fondo, revelaban mucha ingenuidad aquellos discursos de la prima; una de esas naturalezas apasionadas y dóciles que reciben las impresiones del mundo en que viven, como algunas plantas el color del tiesto; naturalezas que, sin violentarse, son humildes con los pobres de espíritu, y sin corromperse son vanidosas como los soberbios. Sencilla y modesta en las montañas, á consecuencia de sus recientes desventuras, la prima de Emilio aparecía un poco fatua y afectada después de dos años de vida venturosa, en medio de una sociedad aristocrática; pero transformada sólo en la superficie, y siempre de buen corazón y de carácter excelente. Mas suele ocurrir que algunos genios muy amables desagradan á quien tiene costumbre de tratar con otros más selectos, bien así como ciertos sabores buenos, gustados después de otros más finos, con los cuales no se compadecen; de ese modo desagradaba ahora á Ratti su prima, porque mentalmente la comparaba, á cada palabra y á cada gesto, con su amiga de Altarana. Para sacarla de aquella atmósfera de grandeza, la preguntó otra vez insistentemente:

—Pero ¿y la escuela?

—¡La escuela!... Era un espectáculo, una exposición de hermosuras. Ella misma se había sentido, en los primeros días, dominada ante aquellos ojos negros y pensativos. Todas eran muchachas morenas, con cabellos muy negros y admirables cejas, negras también y arqueadas.

Hasta el dialecto extraño que ellas hablaban entre sí—y del cual no comprendía una palabra, ni la Superiora misma, que llevaba allí nueve años—les presentaba el atractivo de criaturas misteriosas. Y, en efecto, ¡eran tan distintas de las nuestras! Ella estaba ya

enamorado de Cerdeña; no podía sufrir á las gentes de la Italia subalpina. Aquí las jóvenes eran demasiado reservadas, muy frías; y las niñas, excesivamente niñas. Allí, por el contrario, á los ocho años eran ya verdaderos caracteres: pareciale que trataba con mujercitas. Ya fuesen buenas, ya fuesen malas, revelábanse desde los primeros días de tal suerte, que no dejaban duda alguna. Esto valía mucho. La tarea de educarlas resultaba simplificada. ¡Y qué fuerza de sentimiento! Era una raza, por último, que le agradaba extraordinariamente, que tenía nervios y sangre. Había allí niñas que la querían hasta el extremo de ponerse encendidas cuando ella penetraba en la escuela; y le manifestaban su cariño siempre que podían, aunque fuera de paso, con muy pocas palabras, pero tan vibrantes y tan sentidas, que se las saboreaba después como dulzuras del espíritu. Lo mismo que en sus amores, eran en sus odios. ¡Oh! Se veía obligada á confesarlo: había también algunas que no podían verla, que la aborrecían sin motivo alguno, instintivamente, por antipatía espontánea, y de tal modo, que la maestra no lograba obtener de ellas nada, ni aún en lo concerniente al estudio. Pero tenían eso de bueno: no le ocultaban su hostilidad, no la adulaban en su presencia, para murmurar de ella á espaldas suyas; hacíanle una guerra abierta. Menos mal. Ella gustaba de los caracteres formados así, de los «odiadores» francos, como decía el ministro Bismarck. Lo mismo eran unas con otras: había muchas amigas de las cuales cada una habría dado hasta su vida por cualquiera de las demás; y enemigas que se habrían dejado descuartizar antes que tocarse las manos. Aún entre las más pequeñuelas tenía niñas de seis años que se volvían locas de dolor cuando una compañera suya era castigada; y otras, de la misma edad, que por una palabra se arañaban y se mordían en un rincón como fierecillas; y la que peor librada salía, no resollaba.

—¡He ahí criaturas vivas!—terminó.—Y tú ¿qué clase de gentes has encontrado en Altarana?

Pero tampoco entonces le dejó responder, y prosiguió diciendo:

—¡Ah! Los piemonteses, flores de invierno.

No podía formarse entre ellos una idea, ni aún remota, de la cariñosa expansión que ella había encontrado en aquella tierra. En todo había sido afortunada. Había ganado una amiga, entre varias otras, una Hermana francesa, profesora auxiliar que enseñaba el francés á las externas; una criatura, única en el mundo; un ángel, que tenía el pensamiento fijo de ir á China con las Misiones, á rescatar niños para «La Santa Infancia»; y estaba tan entusiasmada, tan enardecida con aquel propósito, que cuando hablaba de eso, comenzaba á temblar, cambiaba de semblante, y hasta hablaba de ello en sus sueños, llamando á voces á los niños, como si los estuviera viendo. Habíase hallado en los campos de batalla en la guerra del 70; había socorrido á moribundos, cuyas palabras últimas repetía; había presenciado amputaciones y agonías horribles, y escuchado después días enteros y continuamente, como si el eco se los repitiese por todas partes, los gritos de los soldados que se le habían muerto entre las manos; y con todo esto, había conservado tal delicadeza de sentimientos, que por un arañazo que cualquier niña se hiciese en un dedo, acudía con afán y con toda su alma; y á la vista de cualquier dolor, aunque fuera de gente desconocida, padecía como si ella misma, sin quererlo, lo hubiese producido. ¡Oh! ¡Angelical criatura! Todo cuanto brotaba de sus labios parecía una plegaria. Escuchando su voz, parecía que se oía un soplo de otra vida.

Emilio la miró: estaba conmovida; ya no parecía la misma de antes.

—¿Has sido dichosa, por consiguiente?—la preguntó.—¿No has tenido ningún disgusto, ninguna contrariedad?

—Ninguna contrariedad,—respondió la maestra;—ningún disgusto. Han sido dos años de paz completa. Todo era paz en el convento y fuera de él. Hasta aquellos hombres de cabello larguísimo, con sus calzones blancos y sus manos negras, que desde la ventana veía tumbados en la plaza horas y horas, ó bien jugando al chito con nueces, como muchachos, y que se desayunaban con unas lechugas que llevaban en un cesto debajo del brazo, le daban idea de un pueblo

primitivo, sencillo y amable. Las noticias de las contiendas y de las sangrientas venganzas entre familia y familia, sólo llegaban al convento como rumores de un mundo lejano... Nada sucedía en rededor suyo que perturbase su tranquilidad. Además, era libre. Comía sola en un refectorio espacioso, y se veía tratada como una gran señora. Dormía en una habitación grandísima y muy retirada. Salía siempre que lo deseaba, acompañada solamente por una huérfana, que la servía como doncella. Pero no necesitaba salir. ¡Íban tantas gentes á verla á casa! El convento era para ella como un palacio. Además... la Hermana francesa habíala tornado á la fe. Muchas veces, en medio de la noche, hallándose ambas á la ventana, al resplandor de la luna, después de haber hablado de muchas cosas, decía su compañera: «Vamos á rezar», y juntaba las manos; entonces también ella, contemplando aquellas montañas y aquella inmensa extensión de olivares, rezaba, y rezaba también con el corazón, como no había rezado nunca, ni aún de niña.

Mas volviendo de pronto á las cosas mundanas, dijo:

—Justamente aquí tengo una cruz—y la sacó del interior de una camiseta roja,—una cruz de oro que me regaló la marquesa Ortu; una marquesa que podría ser reina. Era una amiga para mí... más aún que una amiga. Me adoraba. Estaba muy empeñada en que fuese yo como «institutriz» (1) de su familia á su casa, donde me habrían tratado como á una princesa; hasta al confesor recurrió para ver si me persuadía. Obligábame á ir á su casa, y cuando estaba yo allí, no recibía á nadie: te aseguro que era cosa de envanecerme. Dos días después de haber salido yo de allí, ¡me ha escrito una carta!... Vamos... que solamente á una hermana se escribe de ese modo. Amistad es ésta que conservaré hasta la muerte. ¡Oh! ¡Qué vida tan buena! ¡Qué existencia tan dulce! Aquello es el mundo de la cortesía y de la grandeza.

—Regresarás muy alegre—dijo el maestro.

(1) El uso de las personas cultas, y el ejemplo de escritores muy acreditados (algunos de ellos académicos), autorizan el empleo de este vocablo, no aceptado aún por la Academia Española.—(N. del T.)

La prima le respondió aturdidamente:

—No vuelvo ya; me he despedido.

Emilio se quedó con la boca abierta.

—¿Despedido?—preguntó.—¿Y por qué?

En su ánimo surgió la sospecha de algún amor desgraciado, de una persecución, de los celos de alguna señora influyente.

—¿Por qué me he despedido?—preguntó la joven como para darse tiempo de preparar la respuesta, y ruborizándose ligeramente.

Y después dijo con viveza un tanto afectada:

—¡Oh! ¿Qué quieres? Porque allí hace demasiado calor. ¡Ah! No puedes formarte una idea de aquellos veranos. Son unos calores de la zona tórrida; hay días en que te falta la respiración y se te va la cabeza. Además, el agua es muy mala. Luego, ya lo sabes, yo necesito variar. Y también... me encontraba muy sola. Pero tú... ¿cómo lo pasas en Altarana?

Y mirándole de nuevo fijamente, reprodujo su pregunta primera:

—¿Y de dónde vienes ahora?

Aseguró Emilio que había dicho la verdad, y volvió al asalto, fijando en los de la prima sus ojos y sonriéndose:

—¿Pero te has despedido de veras, sólo por el calor?... Detrás de eso debe de haber alguna otra cosa.

Nuevamente se colorearon un poco las mejillas de la maestra; pero aquel rubor desapareció inmediatamente.

—Nada hay detrás—respondió con semblante serio;—pero tú ¿cómo te encuentras en Altarana?

Ya entonces el maestro debió y pudo responder, y refirió parte de su historia, mientras andaban de acá para allá en la Carrera de Palestro: molestado, no obstante, más de una vez por la mirada curiosa del transeunte, mirada en la cual aparecía esa perspicacia que tiene la gente, de cualquier condición, para reconocer en la calle á dos jóvenes de sexo distinto, que no están unidos ni por el matrimonio ni por lazos de íntimo parentesco; acaso por aquella sombra de recelo que siempre muestran tener del público, aunque sea solamente por la sospecha de parecer sospechosos. Pa-

ro los transeuntes importaban muy poco á la prima, que ponía los cinco sentidos en sus palabras, tal vez para borrar la impresión, no del todo favorable, que tenía haber producido en el ánimo de Emilio con el principio y con el acabamiento de su discurso. Y para borrarla, en efecto, puso en las palabras de la despedida la expresión franca de su naturaleza.

—Acuérdate de mí—le dijo.—Soy una cabeza, como suele decirse, algo de chorlito... Quizá porque perdí muy pronto á mi madre. Pero... soy buena. Además de eso... soy tu única pariente de alguna edad... tengo derecho á que se me quiera...

Y le tendió ambas manos, mirando en rededor con cierto recelo.

Preguntó Emilio dónde paraba.

Respondióle que vivía con una amiga, y agregó con una hermosa sonrisa, un poco triste:

—Ya lo sabes... las maestras son en algo como las monjas: encuentran en todas partes alojamiento, sin ir á la posada.

Aquella sonrisa despertó en el joven todas las anti-guas simpatías.

—Y ahora—preguntó,—¿no tienes plaza?

—Una tenía en expectativa para el próximo año académico, en Brilla, en la tierra de Liguria.

»Pero, ya sabes—siguió diciendo,—mi aspiración es siempre la misma: el Africa... el Oriente.

Diciendo esto, habíase ya separado de él algunos pasos; su último ademán, acompañado de una sonrisa melancólica, indicó un país lejano.